

FIESTA Y VIDA

Una de las condiciones exigibles a un artículo es su adecuación temporal al momento en que se ha de leer. Por lo tanto, cuando se escribe algo, es necesario pensar en ese momento, de manera que lo que se exprese soporte bien la temporalidad, el paso del tiempo desde que se escribe hasta que se lee. Vengo a decir esto porque a mediados de julio, después de haber reflexionado y escrito otras veces sobre la fiesta y la vida, más bien en enfoques y contextos algo complementarios y no relacionados en el mismo espacio, no puedo y no quiero resistir a la tentación y a la necesidad de hablar de la fiesta y de la vida, del vivir, del estar con vida, precisamente para este tiempo de fiesta de nuestro pueblo. Fiestas de septiembre, de reencuentro, de final de una feliz diáspora tradicional y sabia, y mediados de julio, días de muerte irracional, de atropello, de criminal dictadura, de absurdo entender los días.

Conforme te pasa el tiempo creces, te haces juvenilmente mayor, te atrancas en menos escollos. O se te acumula todo lo insuperable y vas con un cochambroso saco de miserias arrastrándote a ti mismo sin verte. Eso creo que es hacerse mayor. La diferencia está, tal vez, en situarse a la altura y en la óptica adecuada para tener una perspectiva con luz que te permita apreciar las proporciones correctas de las cosas o, por el contrario, estar metido hasta las cejas en la propia venda tramposa de lo que nos acontece. A veces es una visión alicorta, a veces la falta de recursos culturales o econó-

micos, pero predominan los radicalismos ideológicos como causa del mal posicionamiento ante la vida y consecuentemente de la infelicidad. En esa ideología hay que incluir una moral sectaria atrapante o paralizante, el superficial sentido de grupo o clases respecto a los otros seres humanos e indudablemente el sentimiento de elegidos o iluminados que despega al que lo tiene del acontecer más común y feliz de los días. Si añadimos la intransigencia, no hemos hecho nada más que poner el detonante de bombas fabricadas en los mugrientos suburbios del alma que no se entrega a vivir de forma natural.

En estos días de fiesta nos veremos todos, casi todos. Unos vestidos de una manera, otros de otra. Alegres, muy plurales, de todos los ámbitos, bebiendo, jugando, comiendo primariamente, con el ánimo como una estrellita reluciente estallando siempre un poquito. Y cuando veo así a los demás no sabría decir quien es más feliz de todos, si el de la peña o el solitario, si el de uniforme o el de traje de mudar, si el que está en los toros o el que los critica. La mayoría son felices con su historia personal de todo el año envuelta en pólvora y alegría. La clave es muy sencilla: respetarse en la pluralidad e incluso no desdeñar aprender de los demás. Algunos que parecen ser muy poco lo son todo, saben deambular felizmente en sus límites.

En la fiesta el sentido de la vida se acentúa, se derrama por un cauce de cierto exceso, de cierta transgresión. Los días de fiesta oficial no son sino el marco legítimo de aquellas extralimitaciones que en otro tiempo serían censuradas o ridículas. Pero al fin de todo son, por eso, el estallido de esa libertad que crece por nuestro tronco y nuestras ramas. Es un tiempo de florecer, de poner un golpe de color sobre el aspecto cotidiano. ¿Tiene alguien derecho a impedir que todo esto

ocurra? ¿Puede alguien cortar arbitrariamente la vida de otro?

No quiero saltar esta ocasión de fiesta y hablar de otro aspecto. Justo la alegría de estos días me hace valorar más la vida, la mía, la vida impedida por los iluminados etarras, la vida cotidiana y sencilla de la casi totalidad de nosotros.

Si crecieran un poco desde su propio quehacer diario, desde su propia familia... Si se desplazaran sólo un grado a un lado u otro, o si vieran que el mundo sigue a pesar de ellos, vivir sería lo sencillo que debe ser.

Me gustaría probar a traer a estas fiestas a todos los de H.B. como hacían los pueblos modestos con la banda de música que llevaban para las fiestas desde otro pueblo importante. A fin de ahorrar-se alojamiento, durante esos días, las casas más pudientes daban alojamiento a un músico repartiéndose toda la banda. Eran tiempos que olían a solidaridad. No les pediríamos que tocaran nada, sólo que disfrutaran, que vieran cómo transcurre la fiesta para un pueblo donde se trabaja mucho y que no es contrario a ellos en lo del celo religioso. Sí, me gustaría expatriarles temporalmente que, al fin y al cabo es nada con quitar la vida y que disfrutaran un poco. Me gustaría que vieran la alegría, el acontecer más común de los más comunes de los mortales.

A lo mejor hay que pararse a ver que los nacionalismos son una exquisita tierra cuyo humus hace impracticable la agricultura. A lo mejor hay que ver que una democracia de verdad vale más que un iluminado radicalismo. A lo mejor hay que ser del mundo y persona antes que nada. A lo mejor hay que sentir antes la patria de la vida, la mejor patria, la única patria.

MARCELO DÍAZ GARCÍA

